

FABRE

y sus "Recuerdos entomológicos"

LA EDITORIAL CALPE acaba de publicar en cinco volúmenes, editados con elegancia y abundantemente ilustrados con dibujos y fotografías, un extracto de los *Souvenirs entomologiques*, de Fabre. ¿Se concibe que sea ésta la primera versión española de una obra semejante; que no haya habido antes un educador ni un industrial capaces de acometer esa empresa tan provechosa como noble? Sin embargo, así es: los *Recuerdos entomológicos* no han existido hasta ahora para la inmensa mayoría de los españoles. Han pasado muchos años sin que se intentase incorporar a la cultura popular española un monumento científico que, por su claridad, su amenidad y su belleza, constituye un elemento educativo de primer orden.

Aprovechemos la grata circunstancia para decir algo de la obra y de su autor; no más que lo necesario para mover a curiosidad al público y, en particular, a los maestros primarios de nuestro país, los cuales podrían hallar en la simple lectura a sus discípulos de los *Recuerdos entomológicos* un medio docente cuyos resultados inmediatos les colmarían de asombro.

JUAN ENRIQUE Fabre murió hace muy pocos años. Noventa, llenos de trabajo y amarguras, pesaban ya sobre sus hombros. Todavía duraba la emoción que en el mundo civilizado despertó su jubileo, reparación tardía, en verdad, para quien tanto bien había hecho y tanto tiempo había soportado el frío abandono de su patria.

Nació en un pueblo de Provenza, de humilde familia campesina. El futuro revelador de las maravillas del instinto en los insectos tuvo en su niñez por principal ocupación la guarda de patos. Pero ¿quién sabe si en otro medio más amable se habría embotado su naciente espíritu de investigación? El contacto continuo con la Naturaleza libre y el trato asiduo con las bestias se le estimulan y esclarecen. Un día—el observador tiene seis años—se queda mirando al sol, meditabundo. Se le ha presentado un problema. ¿Con qué gozamos de esa gloria radiosa, con la boca o con los ojos? «Abro la boca cuanto puedo y cierro los párpados. La gloria desaparece. Abro los ojos y cierro la boca. La gloria vuelve a aparecer. Repito el experimento con el mismo resultado. Es cosa hecha. Ya sé que veo el sol con los ojos. ¡Oh,

qué hermoso hallazgo! Por la noche lo cuento en casa. La abuela sonríe; los demás se burlan. ¡Así va el mundo!...»

Siempre habrá gentes que se burlen de este encantador episodio. También las habrá que mediten sobre él. Seguid la vida de Fabre, estudiad sus métodos de experimentación practicados día



JUAN ENRIQUE FABRE

por día, durante casi un siglo, y veréis que en aquel muchachuelo, espontáneo y candoroso analizador, estaba naciendo el que Darwin, sobrecogido, había de llamar «investigador incomparable».

Cuenta doce años, y ha empezado su educación apenas, cuando, consumada la ruina de su hogar, se alza ante él otro problema más grave y pavoroso: el de vivir por cuenta propia. Piensa en él mientras, mísero y desamparado, camina errante a la ventura de Dios; pero, iluminado por una llama ideal que no ha de extinguirse sino con su vida, va a parar a Avignon, en cuya Escuela Normal conquista una plaza pensionada.

Empieza aquí la segunda etapa de su vida. El pedazo de pan, aunque

exiguo y acérrimo, no ha de faltarle. Maestro de escuela a los diez y ocho años, profesor de Instituto más tarde, consagra a la enseñanza los treinta mejores años de su vida. Pero, más que enseñar, estudia. El libro de la Naturaleza, generoso e inagotable, es su texto favorito. Se casa, y su amor conyugal es fecundo, como su amor a la Ciencia. Cada día, una nueva verdad. Cada año, un hijo nuevo. La miserable soldada con que el Imperio francés paga a sus profesores, no le basta. Hay que trabajar más para acrecentarla. Fabre interroga de día a la Ciencia, y de noche escribe lo que la Ciencia le ha dicho. Ochenta libros de vulgarización, aparte de innumerables trabajos de investigación publicados en la Prensa científica, son el fruto de sus vigiliadas en estos treinta años de su existencia. Sus descubrimientos sobre la vida de los insectos le atraen la atención universal. Darwin le consulta; Dufour, el más afamado naturalista de la época, le felicita; Duruy, el Ministro de Napoleón, futuro historiador de Francia, le halaga y se promete premiarle. Fabre no tiene más que una aspiración: la cátedra, la enseñanza superior. No ha de lograrla. En su camino, angosto y rudo camino, que él mismo va labrándose sin más armas que la virtud, el saber y la perseverancia, se ha alzado un obstáculo indestructible: la envidia, la ignorancia y la ingratitud son sus naturales enemigos; y le vencen. Privado de la enseñanza, se retira a su Provenza y se establece en Orange. Allí ha de pasar unos años aún, luchando como un forzado contra la pobreza. Allí comienza a acumular y sistematizar los materiales para su obra imperecedera. Allí empieza a establecer su laboratorio. Vive rodeado de hijos y de insectos. Hasta entonces, se ha analizado el insecto muerto; labor de escalpelo que nuestro investigador desdeña. El necesita *hablar* con el insecto vivo. Ha surgido ya en su mente la idea genial, la que hará de sus observaciones no sólo una colección magnífica de revelaciones sorprendentes, sino un inmortal monumento filosófico: quiere profundizar en el instinto de los insectos y saber qué hay de cierto en la teoría del transformismo que ha venido a sustituir a la de la generación espontánea en el corazón anhelante de sus contemporáneos.

Rotas para siempre sus antiguas ilusiones, sólo una le queda: poseer un rincón de tierra que no quiera nadie, un trozo de campo solitario y hostil, incapaz para el cultivo, pedregoso y erizado de maleza: allí estará su tesoro, porque allí está el paraíso de los himenópteros. Orange se le va haciendo imposible. Cuando sale muy de mañana en busca de alimento para